

# EL DEFENSOR DEL OBRERO

## Derechas e izquierdas

### UN CASO MAS

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre, aunque no quiera he de acordarme, había no ha mucho un viudo sin una peseta que enterado de las mil valerosísimas hazañas, y de los mil entuertos que desafiaban los caballeros del socialismo, entró tan en deseos de armarse caballero socialista, que perdió, no el juicio, sino el amor al trabajo, y decidió lanzarse también por esos mundos a redimir obreros.

Llegado que hubo el momento de partir en busca de desvalidos a quienes socorrer, preparó en las alforjas cuatro frases sobre el salario, seis sobre el reparto de la propiedad, catorce sobre la urgente necesidad de la unión, y doscientas sobre la no menos imperiosa necesidad de contribuir a los gastos de la propaganda.

Así las cosas, comenzó a clamar contra los ricos y principalmente contra los dos partidos políticos que por allá imperan, que son el liberal romanista y el liberal ciervista. Los jefes del primero, que no en balde se juntan con el travieso conde, decidieron librarse de la plaga, y como sabían que lo que aquel andante caballero pretendía era, no la redención de los pobres, que nada le importaba, sino el vivir sin trabajar, le proporcionaron, valiéndose de la situación en que se hallaban, algunas pesetejas, con lo que el hidalgo defensor de huérfanos y viudas, siguió defendiendo al proletariado, pero atribuyendo todos los males que padecía a los ciervistas. Estos, por no ser menos progresistas y liberales que los partidarios del conde, le ofrecieron, con tal que en sus campañas no atacase su política, votarle para concejal en las próximas pasadas elecciones y como era de esperar, nuestro héroe aceptó, y hoy lo tenemos hecho... concejal.

El resultado de esta comedia es el siguiente: El caballero socialista protegido y sacado concejal por liberales y liberales conservadores, procura ya no atacar ni a unos ni a otros, pero sigue sus campañas contra nuestra Sacrosanta

Religión, teniendo ya hoy embrutecidos a pobres e indefensos obreros, de quienes se vale para cometer cuantos atropellos desea; habiendo llegado a concepcionar de tal modo a un Tribunal de Justicia, durante la vista de una causa que contra él se seguía, que obligó a suspenderla.

Todo lo dicho es real, y un caso más de lo que puede dar de sí el liberalismo ya se llame romanista, ya idóneo o ciervista; ya ataque de frente al dogma y la moral, ya se encubra con el título de *católico o derechista*.

A. SÁNCHEZ MAURANDI.

## Estudios Sociales

La casada, y esto es pensamiento de San Crisóstomo, no puede tener otro fin, al adornar su cuerpo, que agradar a su marido.

Pero la soltera tiene el derecho, legítimo, mientras no haya abuso en su ejercicio y mientras Dios no la llame a otro estado, a agradar a un hombre, a quien tal vez aún no conozca, cuya primera mirada, y con ella quizás su amor, deberá cautivar (quién sabe) por la elegancia de su *toilette*.

Amor es ciego y más de una vez habrá dejado aprisionarse entre las telas de un vestido.

Pero digo yo que los excesos de la moda ahuyentan; y... *si lo que persiguen* pueden lograr muchas que están en estado de merocer.

Porque, vengamos a cuentas. Hay dos clases de hombres a quienes se puede agradar. Hay la categoría de los pisaverdes que corren en busca de aventuras amorosas, y yo desecho la hipótesis de que una señorita de su casa pueda fijarse en uno de esos ambulantes del amor barato.

Y hay clases de hombres que forcejen por conquistar una posición social, y un corazón de mujer que comparta con ellos los excesos gozosos y las muchas penas de la vida.

Y digo que a estos últimos los ahuyentáis con los excesos de la moda. Porque ¿pecan vuestro traje por exagerados en la forma, revelando un alma que solo piensa en lucir el cuerpo? Entonces

el hombre reflexivo que busca prendas morales en su futura, que la quiere de alma delicada, modesta y hacendosa, os dejará pasar... y cuando más, alternará en reuniones con vosotras, pero en *lo otro* no.

¿Son vuestros vestidos lujosos y atrevidos enseñando en ellos lo que debéis ocultar? Entonces vosotras mismas os convertís en espantajos de los jóvenes casaderos.

Porque como el industrial, el comerciante, el empleado y el hombre de carrera tendrán aliento para constituir casa, y pasar penalidades, ya que no hambre, al convivir con una mujer que en tocados y vestidos se lleva la mejor porción de sus rentas?

No buscan los hombres a las que se recomiendan a sí mismas: *dotes y dotes* es lo que buscan.

Las dotes morales mejor se ocultan tras un modesto vestido. En cuanto a las otras dotes (buenos pudores están hechas las jóvenes casaderas para no oler a leguas de distancia que las tre llevan los bolsillos del futuro *padr!*

La moda, dicen las Hijas de María en la Cruzada de Orihuela, pretende hacernos creer que el camino para llamar la atención y alcanzar un buen partido en el matrimonio es el de las formas extremadas, cuando con ellas no conseguimos sino despertar el interés de unos cuantos jóvenes perdularios, y casquivanos, y excoitar la risa y la compasión de la gente seria y sensata.

¡Qué verdad tan amarga! *«Excitar la risa y la compasión de la gente seria».*

Si: las madres que así piensan casar a sus hijas se engañan cruelmente.

I. GOMÁ

Canónigo de Tarragona

## La discreción del tonto

Como el natural bondadoso en una persona suele apreciarse por desequilibrio intelectual y moral por aquellos que sufren lo que atribuyen a los demás, resultó que para los mismos padres y para la hermana, el cumplimiento de los deberes religiosos por par-

te de Andrés, la sumisión con que recibía los mandatos, la conformidad y constancia en el trabajo y su disposición permanente a realizar sin queja ni protesta alguna cuantas necesidades se sentían en la casa, se llegó a interpretar como inconsciencia de lo que le rodeaba.

Por su parte Andrés, consideraba que su misión consistía en la obediencia a sus padres y facilitarles cuantos beneficios estaban a su alcance, sin que su nombre sufriese quebranto.

Por eso, antes de que los demás se levantasen, todas las mañanas estaba él de vuelta de asistir a misa y haber hecho la compra en el mercado.

Jamás expresó queja alguna de la extraordinaria predilección de que era objeto su hermana, por parte de los padres. Era la niña mimada, la que imponía su voluntad, a la que se le concedían todos los gustos y todos los caprichos. Intentar contrariarla en algo era tanto como desafiar las iras de aquellos padres que supeditaban sus deseos a los deseos de la *señorita*.

Andrés, podía ir de cualquier modo, pero la niña tenía que lucir trajes de moda, haber unavida de recreo sin tener que ocuparse de cosa alguna. Para eso estaba el *tonito*, Andrés, que al volver del trabajo, podía atender a cuantas necesidades fuesen precisas. Ella, bastante tenía con cuidar de su persona, criticar de las demás y esperar la venida del novio, aquél presuntuoso motejado por todos de vago, borracho, libertino y pendenciero. Pero era el amor de la niña y eso bastaba para ser dueño de la casa. A su lado transcurrían las horas cual si fuese segundos, mostrando en ello los padres la mayor complacencia.

Andrés callaba, pero sostenía en su interior sorda y terrible lucha. Le importaban poco las preferencias, el lujo intemperado y el desapego de su hermana a los quehaceres de la casa. Lo que no podía ver con resignación, era la libertad en que los padres dejaban a la coqueta hija a solas con el novio. No, eso no lo consideraba él como muestra de sanas costumbres ni propio al decoro de una joven. Aquello de ver tantas las cenas, robándose el aliento para hablar de cosas indi-